

Biografías ≠ Economistas



Thorstein Veblen (1857-1929)

Norteamericano de nacimiento, pero ciudadano de ninguna parte por temperamento. Si el aislamiento es un síntoma propio de los enfermos, Veblen debió ser un neurótico. Eran muchos los que lo admiraban e incluso le querían; pero él no tenía amigos; a nadie llamó familiarmente por su nombre de pila y a ninguna mujer pudo amar del todo.

Vida y doctrina...

by ROBERT HEILBRONER

Era un conjunto de excentricidades. No quiso tener teléfono, colocaba sus libros amontonados a lo largo de las paredes en las mismas cajas en que los había recibido y le parecía un absurdo hacer todos los días la cama. Era perezoso al grado de ir amontonando los platos sucios hasta que ya no le quedaba uno limpio, y luego los lavaba todos de una vez, utilizando una manguera. Se burlaba de los convencionalismos; ponía a todos sus alumnos la misma nota, sin preocuparse cómo habían trabajado.

Pero quizá lo más extraordinario de todo sea el que este hombre irónico y de aspecto nada atrayente poseía esa cualidad indefinible de resultar atractivo para las mujeres.

Thorstein Veblen era una personalidad desconcertante y compleja. Escribió sobre religión, y la caracterizó como “*fabricación de imponderables vendibles en la enésima dimensión*”; escribió acerca de las principales organizaciones eclesásticas, llamándolas “*tiendas en cadena*”, y de cada iglesia en particular, calificándola

de “*tienda al detalle*”; frases todas ellas crueles pero expresivas.

Mas ¿qué tenía que ver todo esto con la economía? Nada, en el sentido convencional del vocablo. No inició sus investigaciones empezando por el drama económico, sino por los actores, “*el sistema de negocios*”. En una palabra: ahondó en la naturaleza del hombre económico y en sus ceremonias y rituales económicos; en una forma casi antropológica de abordar el problema.

Nació en el año 1857 en una granja de frontera en Minnesota, era el sexto hijo de una familia de campesinos noruegos emigrados a los Estados Unidos. Su nombre “*Thorstein*” significa hijo de Thor; fue su madre quien le enseñó las leyendas de Islandia y las sagas noruegas que habían de fascinarlo durante toda su vida.

Veblen tuvo una niñez de pionero, sencilla austera, parca. Sus ropas eran de confección casera, las prendas de lana le eran desconocidas, los abrigos estaban hechos de piel de buey. El café y el azúcar eran considerados como un lujo. La suya fue una niñez extranjera, propia de un forastero. Los noruegos formaban en

Norteamérica sus comunidades aparte y muy exclusivas; en ellas hablábase corrientemente el noruego. Veblen tuvo que aprender el inglés como si se tratase de un idioma extranjero.

A los diecisiete años lo enviaron a la universidad *Carleton College Academy*, con el propósito de que llegase a ser clérigo luterano. Sin embargo, Veblen no pronunciaba discursos convencionales sobre la necesidad de convertir a los paganos, sino que arrancaba ruidosas exclamaciones del auditorio pronunciando “*una defensa del canibalismo*” o “*una apología de un borracho crónico*”.

Este extraño y talentoso desequilibrado encontró en Carleton a Elle Rolfe, sobrina del presidente de la universidad, surgió una novela de amor. Se casaron en el año 1888, pero aquel matrimonio iba a resultar repleto de altibajos. Este hombre solitario, que disponía de poco amor para entregar, necesitaba, por lo visto, los cuidados de una mujer, y los encontró en abundancia. Ahora bien, a él no le importaba mucho qué mujer había de prodigarle esos cuidados; Veblen estuvo muy lejos de ser fiel a Ellen, que se vio obligada a abandonarlo en di-

versas ocasiones.

Al salir Veblen de la universidad estaba decidido a seguir una carrera académica. Pero en lugar de ello se inició la interminable serie de frustraciones que había de señalar su vida profesional, todas sus tentativas parecían ir fatalmente acompañadas de mala suerte. Veblen se trasladó a la *Universidad de Yale*, el año de 1884 se graduó de doctor con nota de sobresaliente, pero sin porvenir y sin perspectivas.

Regresó a su casa, porque había enfermado de malaria, y estaba entregado a holgazanear, *“leía y holgazaneaba, y al día siguiente holgazaneaba y leía”*, según dejó escrito un hermano suyo. Escribía algunos artículos y buscaba empleo, pero no se le presentó ninguno. Cuando contrajo matrimonio con Ellen, con gran pesar de la familia de esta, lo hizo, en parte al menos, para ganarse la vida, alentando la esperanza de lograr así el cargo de economista del ferrocarril del cual el tío de Ellen era presidente. Sin embargo, el ferrocarril tuvo dificultades económicas y desapareció el puesto de economista.

Parecía que el destino se confabulaba contra él, permaneció aislado durante siete años, en los cuales no hizo otra cosa que leer. Tenía treinta y cuatro años y jamás había desempeñado un cargo respetable. Se decidió que reanudara sus estudios universitarios e hiciese otra tentativa para ingresar en el profesorado.

Cuando abrió sus puertas la *Universidad de Chicago*, Veblen a la edad de treinta y cinco años, consiguió su primer empleo como profesor. La universidad había sido fundada por Rockefeller y era hija de la Standard Oil.

No todos sabían apreciar sus métodos de enseñanza. Su franca opinión acerca de los estudiantes era que cuantos menos fuesen, tanto mejor, y no hacía ninguna tentativa por animar la discusión; en realidad, le agradaba que los estudiantes no fuesen a su clase. A una mujer religiosa, alumna suya, le preguntó en cierta ocasión qué valor representaba su iglesia para ella en barriles de cerveza. El número de alumnos que acudía a sus cla-

ses empezó a bajar; una de ellas acabó con un solo alumno; más adelante, en otra universidad, el cartel colocado en la puerta, que al principio decía: *“Thorstein Veblen, de 10:00 a 11:00, lunes, miércoles y viernes”* fue reduciéndose poco a poco, hasta quedar en un simple *“lunes, de 10:00 a 10:05”*.



Vivía en Chicago con su esposa Ellen, pero ello no le impedía mantener indiscretas aventuras amorosas, hasta el punto de marcharse al extranjero con otra mujer, hecho que resultó intolerable para la universidad y por el que fue despedido. Pasó catorce años en Chicago, y en 1903 y merced a una serie de brillantes ensayos y a dos libros notables, había ganado fama nacional, quizá más que nada como pensador raro. Estaba a punto de publicar su obra *“Teoría de la clase ociosa”* que se convertiría en un éxito de la noche a la mañana. Veblen abordaba la tesis de que una clase ociosa pregonaba su superioridad por medio del derroche bien visible y de manera provocativa, y la ociosidad como su propia marca de distinción.

Veblen se preguntaba: ¿Cuál es la naturaleza del hombre económico? ¿Cómo construye ese hombre su comunidad de manera que exista en ella una clase ociosa? ¿Cuál es el significado económico del ocio? Sus lecturas lo habían familiarizado con las costumbres de algunos pueblos primitivos poco conocidos. Entre esos pueblos de economías cerradas y sencillas era totalmente desconocida la

clase ociosa, trabajaban todos y existía un orgullo natural por la habilidad en el trabajo. Veblen veía en la vida moderna a una clase ociosa cuya finalidad era apoderarse de bienes mediante la rapiña, sin trabajar, buscaba el dinero, y su derroche o exhibición.

Por otro lado, argumentaba que los trabajadores no se esfuerzan por desplazar a sus jefes, sino que tratan de emularlos y su aspiración no consiste en desembarazarse de la clase superior, sino en trepar hasta ella. La emulación era la clave de la estabilidad social, la que mantenía unida a la sociedad frente a los intereses divergentes de las clases sociales.

Su esposa se divorció de él en 1911, y le dejó escrito: *“Señor Veblen, de acuerdo con la sentencia, tiene usted que pagarme al mes 25 dólares; pero, probablemente, no lo hará”*, y no lo hizo. Veblen debió de ser un marido insoportable, se dejaba las cartas de sus admiradoras en los bolsillos del traje.

Por último, regresó a California a su pequeña cabaña, con muebles rústicos y vestido con ropas de obrero. Las ratas pasaban rozándole las piernas mientras él permanecía sentado e inmóvil sumido en lejanos y tristes pensamientos. El año 1914 contrajo por segunda vez matrimonio, pero su mujer sufrió de manía persecutoria y fue preciso internarla.

Había cumplido los setenta años y dejó de escribir. Murió el año 1929 y dejó este mandato escrito: *“Es también mi voluntad, en caso de muerte, que mi cuerpo sea quemado, si esto se puede hacer de un modo conveniente, pero de la manera más expeditiva y barata, sin ritos ni ceremonial de ninguna clase; que mis cenizas sean desparrramadas en el mar, o en algún río caudaloso que desembogue en el mar; que no sean levantados en memoria mía o de mi nombre, en ningún lugar ni en ninguna época, tumba, losa, epitafio, efigie, lápida, inscripción o monumento de ninguna clase o naturaleza; que no se imprima, ni publique, ni se reproduzca, copie o circule, ninguna nota necrológica, in memoriam, retrato ni biografía mías, ni carta alguna escrita a mí o por mí.”* Cual siempre ocurre, su deseo no fue cumplido.